

LA CRÓNICA

# Icaria, revolución en marcha

ARCADI ESPADA

Lunes, mañana de viento, en la planta 34ª de la Torre Mapfre de la Villa Olímpica. Barcelona: limpia y netísima desde las alturas. Así han de verse las ciudades: tramontana, cielo de tormenta en las colinas y el sol como un rejón de luz clavado sobre el mar. Desde alturas como ésta las autoridades olímpicas enseñaban la ciudad a los visitantes: todo, coches y personas, fluía en orden geométrico; el ruido quedaba a ras de suelo y los papeles y las moscas, cualquier desecho, se volvían invisibles. Va a hacer un año de todo aquello. Un año larguísimo, cual, por cosa menos neutro. Esta mañana, los trabajadores de Mapfre han iniciado el traslado desde sus oficinas de la Diagonal. En tres semanas se habrán trasladado todos, y el 25% de la torre quedará ocupado. La crisis ha convertido en extraordinariamente lento el alquiler del resto de las oficinas, pero todo el mundo cree que será mera cuestión de tiempo. Cuando esta torre hierva a plenitud, van a ocuparla 5.000 personas. Una ciudad.

Acodado sobre los ventanales, Manuel Lorente, responsable de la compañía en Cataluña: no creía en esto.

—Nadie lo creía. Fue nuestro presidente general quien insistía. "Hacedlo, aunque ahora os parezca como ir al Polo".

Lorente está satisfecho. ¿Crisis? Mapfre creció un 30% en el último año. Sus previsiones para el próximo balance alcanzan el medio billón de pesetas. "De caja", insiste Lorente. En épocas precarias, la gente protege lo que tiene, sea poco o mucho. Florecen las compañías de seguros. Algunos dicen que con igual éxito que los cuervos. La torre ha costado a la aseguradora 20.000 millones de pesetas. Uno encima de otro. Lorente echa una ojeada a la torre melliza de Mr. Travelstead. "Nosotros los hemos pagado a pulso. Sin productos financieros". Los trabajadores, una veintena a punto de estrenar mesa, brindan sobriamente con champán. Cegados por el Mediterráneo, perplejos por el insólito catalejo en que se han convertido sus ojos, rumian confiados sobre su destino. Musitan: ¿pero quién va a ser capaz de trabajar aquí?

Se trata de un sentimiento muy generalizado entre los que ya habitan la Villa. La nueva ciudad está en un momento dulcísimo, efímero, pero deslumbrante. Sus habitantes se mueven en bicicleta por entre las calles, acuden al mar como en busca de una Anunciación concertada y de pronto, alguno de ellos, cualquiera, se queda un rato alucinado con la mirada fija sobre un pequeño parterre: han plantado tomillo y salvia en las aceras. No es extraño que el aire tenga, así, una calidad mediterránea, de



MARCEL LI SAENZ

Los empleados de Mapfre se instalan en una de las torres de la Villa Olímpica.

hierbas y salobre. Llegará el día en que esas gentes se levanten de la cama con prisas y digestión empecinada; que afuera llueva y la humedad haga crujir las puertas y los huesos; que el pionero maldiga una y mil veces haberse venido a vivir aquí antes que el pastelero; que la descuidada construcción de algunos edificios plante cara malamente al paso del tiempo. Llegará el invierno.

## Mar y sol

Pero este verano, el primer verano de la nueva ciudad abierta, Barcelona es aquí una Icaria estupefacta, que no acaba de creérselo. En las laderas de césped, al lado de las fuentes y sobre los cinturones, las muchachas toman el sol desprendidas y el fulgor de los coches lanzados resbala a través de los cuerpos: ¿Magritte, Delvaux...? En los jardines hay picnic y hasta buenas maneras. Por las bocas de las estaciones de metro asoma una multitud que irá haciéndose con su sitio, al mar y al sol, con sosiego. Nunca se vio nada igual. Es probable, incluso, que antes de que el verano acabe pueda comerse bien aquí.

Los que tienen casa en la Villa reciben a los amigos con la alegría algo precavida

con que Peter Mayle —*Un año en Provenza*— recibía a los suyos en el Luberon: llegan a cualquier hora y a veces no creen imprescindible el aviso. ¿Para qué el teléfono? Los amigos vienen de la ciudad del norte y muestran un inusual desaliño indumentario. A las pocas palabras ya están preguntando por la bicicleta e indagando sobre los rincones más secretos de Icaria. El anfitrión observa con felicidad contenida. Está paladeando, ante tanto descreído, su venganza. Ha llegado hasta tal punto ese refinamiento que anoche un grupo de vecinos organizó un coloquio con este envite: "¿Por qué los medios de comunicación hablan con desprecio de la Villa Olímpica?". Es una pregunta difícil, pero viéndoles se entiende perfectamente: fuera de la Villa todo debe de parecerles hosco y gris. Hasta los periódicos. Necesitan el suyo: *Icaria News*, el viejo sueño de un diario que trajera sólo noticia de la felicidad.

La llegada de la gente de Mapfre es un augurio de que el final del Edén tiene plazo cierto. La maldición bíblica acabará instalándose también aquí. Pero este verano —todo a medio hacer, todo ensayándose y los días ingravidos— el hombre duda de que la ciudad y la vida no hubieran podido construirse así. Un clima prerrevolucionario, sin duda.